

Jacinto Rodríguez Osuna*

Desarrollo urbano y religión

La religión ha estado ausente, desconectada del mundo que se ha ido creando a su alrededor. Han sido los lenguajes distintos: el de la religión y el de la cultura urbana, que no se han encontrado plenamente todavía.

Parece ser que el paso de las sociedades rurales a sociedades urbanas ha llevado y lleva consigo una cierta rotura con la religión (1). Se acusa esta rotura en la dimensión de las prácticas religiosas, en la desaparición de determinados ritos sagrados, en la debilitación de normas morales, en el cambio de actitudes frente al hecho religioso. Esta nueva sociedad urbana, que se «desacraliza» y se «laiciza» (2), parece que se está estructurando, consolidando al margen de los valores religiosos y que sus instituciones se rigen por una filosofía, por unas concepciones bien distantes de las concepciones religiosas, tanto cristianas como de cualquier otra religión. ¿Es «incompatible» la religión con la actual civilización urbana?

Quizá una primera respuesta a este problema se pueda encontrar en un análisis histórico-sociológico.

(*) Director de la Oficina Técnica de Sociología Religiosa del Arzobispado de Madrid-Alcalá.

(1) No hacemos referencia a la religión católica, sino a toda religión, cualquiera que ésta sea. En algunas partes del artículo se habla de determinada religión, como se indica expresamente.

(2) Hay una enorme confusión en la utilización de estas palabras, ya que se las utiliza con significados muy diversos. Aquí se entiende por desacralización la «eliminación» de las concepciones y los símbolos religiosos de la vida pública. Al hablar de laicización se quiere indicar la separación total de los poderes religioso y temporal.

LA SOCIEDAD RURAL

El hombre nació enmarcado en un mundo rural. Viviendo del pastoreo y de una rudimentaria agricultura, el hombre vive y depende de una economía rural. Solamente muchos años más tarde, «cuando se desarrolló convenientemente la economía, cuando la técnica adquirió un determinado nivel y pudo resolver las necesidades de las aglomeraciones urbanas (abastecimientos de aguas, etc.), cuando los sistemas de organización social adquirieron una cierta madurez», solamente entonces nacieron las ciudades (3). Tebas, Biblos, Sidón, Babilonia, fueron grandes ciudades de la antigüedad, con una compleja organización (4); pero tanto éstas como otras muchas ciudades posteriores, no dieron albergue a todos los habitantes de su época, sino que, dando cabida a unos pocos, surgieron como focos importantes de irradiación de la cultura y el bienestar humano. Se puede decir que a lo largo de muchos siglos, desde la aparición del hombre sobre la tierra hasta el siglo XIX, existe un perfecto equilibrio entre la población rural y urbana. Las ciudades son pequeños puntos luminosos que cobijan un pequeño porcentaje de la población; la mayor parte vive en el campo y vive del campo, formando pequeñas comunidades rurales.

Como hechos más salientes de esta sociedad rural, apoyada sobre multitud de pequeñas comunidades (pueblos, aldeas, etc.), destacan:

1.º Una economía basada casi exclusivamente en el pastoreo y cultivo de la tierra.

La tierra da frutos no proporcionados al esfuerzo del hombre, sino a fuerzas misteriosas que controlan los elementos a su arbitrio. El agua, que fecunda la tierra, no depende del hombre, sino de los dioses que la pueden enviar generosamente o negarla. Lo mismo ocurre con el sol, el viento, el granizo, etc. Esto arranca en el hombre un sentimiento de adoración y respeto hacia esos seres superiores, porque son superiores, y porque si no los tiene «contentos» se pueden enviar «azotarle». Nos encontramos ante el hecho de una religión «naturalista» que nace del contacto del hombre con la naturaleza.

En el cristianismo el hombre encontrará en el contacto con la naturaleza a un Dios, bien definido en la Biblia, que con su Providencia vela por él.

En todos los casos el contacto con la naturaleza habla al hombre del campo de las fuerzas superiores, de lo gratuito. Toda la cosecha es un don gratuito.

2.º La sociedad sacra que a través de sus sacerdotes, de su folklore, de sus ritos lleva a toda la vida social, a toda la vida de la comunidad el hecho religioso.

En algunas religiones, la judía, basada en un pacto entre Dios y su pueblo, es el mismo Dios quien gobierna su pueblo.

3.º Una autoridad depositada en los más ancianos. Es el anciano el hombre de más experiencia, el que más sabe, el que administra la justicia y el que detenta la autoridad pública y familiar.

(3) Jacinto Rodríguez Osuna: «Visión sociológica de Madrid», *Revista Hogar y Arquitectura*, marzo-abril de 1968, pág. 95.

(4) El Código de Hammurabi habla de la complejísima organización social de Babilonia.

4.º Un fuerte control social.

Las normas morales y de convivencia están perfectamente definidas y cualquier desviación es reprobada por el grupo. Este control es ejercido fácilmente, ya que los miembros de la comunidad se conocen.

5.º Un alto aprecio de los hijos. La mujer infecunda llora su desgracia y la familia numerosa es un don.

Estas características no pertenecen a las comunidades rurales de hace 20 siglos, ni de una región determinada. Son características de las comunidades rurales de ayer y de hoy, de cualquier latitud donde lo urbano no ha llegado con su influencia (5).

LA URBANIZACION

Este sistema de organización social, esbozado en los párrafos anteriores, es propio de una sociedad rural en que la vida de los hombres se anuda en pequeños grupos de convivencia.

El siglo XIX marca una nueva etapa en la historia de la humanidad. Nace con fuerza un nuevo proceso histórico; el progreso de la técnica y la concentración de capitales van a dar paso a la revolución industrial que llevará consigo una nueva forma de vida: los hombres dejarán el campo para apiñarse en ciudades y poco a poco, de una sociedad eminentemente rural, se irá pasando a una sociedad urbana. Este proceso de trasvase de las poblaciones rurales a las ciudades se inició con fuerza en el siglo XIX, pero no se ha terminado; está en pleno desarrollo en unos países; en otros, en los más atrasados, se está iniciando actualmente.

Según las Naciones Unidas, en el año 1963 había ya 20 naciones con más del 50 por 100 de la población en zonas urbanas; 13 con el 60 por 100, y cinco que tenían una población urbana del 70 por 100 (6). Madrid en el quinquenio 1960-1965 (7) ha crecido a un ritmo anual del 4,7 por 100, ritmo superado por otras ciudades españolas y por las grandes ciudades de América del Sur.

Estamos ante una nueva sociedad que está dejando de ser rural, que ha roto con todos o casi todos los esquemas rurales y que busca organizarse en nuevos sistemas sociales: «después del nacimiento de las ciudades los hombres se hicieron diferentes de lo que eran anteriormente» (Robert Relfield). La revolución urbana da paso a una sociedad distinta.

LA SOCIEDAD URBANA

1. El hombre de la nueva sociedad urbana ha perdido el contacto con la naturaleza. Las salidas masivas de los fines de semana o los grandes parques y jardines en el interior de algunas ciudades —Londres, por

(5) En las áreas de expansión urbana no es fácil decir dónde termina la ciudad y dónde empieza el campo. Muchos autores hablan de un *continuum rural-urbano*. Ver R. Redfield: «The folk society», *American Journal of Sociology*, 52 (1947), págs. 292-308. H. Miner: «The folk-urban continuum», *American Sociological Review*, 17 (1952) 529-537. C. T. Stewart: «The rural-urban dichotomy: Concepts and uses», *American Journal of Sociology* 64 (1958), págs. 152-158.

(6) Hervé Carrier: «L'Urbanisation dans le monde», *Revue de l'Action populaire*, febrero, 1963, pág. 145.

(7) Cáritas Diocesana de Madrid-Alcalá y Fundación Foessa: *Informe sociológico sobre la situación social de Madrid*. Euramérica, diciembre de 1967, página 40.

ejemplo— no ponen al hombre en contacto con una naturaleza que puede dar o negar el agua o el sol. El ciudadano sale al campo para tomar el aire y el sol, para hacer deporte, para que jueguen los niños, pero no tiene experiencia de lo que significa la abundancia o escasez del agua y el sol, no tiene experiencia ni de hecho depende su economía de las lluvias generosas.

La hermosura de una puesta de sol, que puede ver raramente, le llevará a la idea de la hermosura, quizá, de Dios, pero no a la idea de la dependencia inmediata de una fuerza superior que le puede negar el fruto de la tierra. El hombre se siente más independiente de los dioses. No existe entre Dios y el hombre el diálogo a través de la naturaleza de que hablan algunos libros sagrados (libro de la Sabiduría, 13, 1).

2. Junto a esto, en la ciudad adquieren especial importancia:

a) La técnica. Se convierte un poco en la diosa de la civilización urbana. El hombre no se siente depender de una fuerza superior que le domina, sino de su propia capacidad de invención y creación. Los cerebros electrónicos y los avances fabulosos de la ciencia le dan al hombre una sensación de superioridad, de semidiós. El hombre cree depender menos de fuerzas distintas de sí mismo.

b) La economía. En la ciudad no hay nada gratuito. Todo se paga, todo se adquiere mediante dinero. Los hombres de la ciudad luchan y trabajan horas y horas por adquirir dinero, por aumentar sus ingresos. De aquí que lo gratuito, la acogida desinteresada al peregrino de las culturas rurales, tenga poca cabida en las civilizaciones urbanas.

c) La movilidad. El hombre se instala allí donde encuentra una vivienda para volver a cambiarse años más tarde hasta que logra la vivienda a que aspira.

Por otra parte, el lugar de trabajo no está muchas veces en el barrio donde se vive. En la periferia de Madrid, por ejemplo, con 1.622.022 habitantes, el 75 por 100 de los activos trabajan fuera de su zona (8). Como, por otro lado, los horarios laborales suelen estar muy recargados (9), resulta que el hombre no vive en un área pequeña, sino en toda la ciudad. En un sitio duerme, en otro u otros trabaja, y para ir de un lado a otro cruza continuamente la aglomeración urbana en que habita. En las ciudades no se vive en un barrio, sino en la aglomeración.

Las vacaciones y las salidas de fin de semana son una nueva ruptura con la ciudad de residencia.

3. El sistema de organización social de la ciudad también es diferente:

a) Los ancianos juegan un papel reducido. El *status* asignado en la sociedad rural a determinadas categorías, aquí desaparece. A los ancianos se les «retira» legalmente porque la sociedad «reconoce» su «incapacidad» para seguir trabajando, gobernando, etc.

b) El control social del campo no existe en la ciudad. Aquí las gentes no se conocen, no se preocupan de los demás.

c) No existe fuerte control social en la ciudad, pero sí existe una fuerte influencia de instituciones en el individuo; éstas le

(8) *Ibidem*, pág. 286.

(9) *Ibidem*, pág. 289.

encadenan muchas veces. La propaganda, los grupos de presión, influyen claramente y con mucha frecuencia en las decisiones de los ciudadanos.

d) La libertad, la ruptura con las tradiciones, tienen plena vigencia en las ciudades. Hay una continua relatividad y cambio de valores. No existen normas rígidas.

e) El hombre no pertenece a ninguna comunidad. Forma parte de una sociedad basada fundamentalmente en lo económico y en determinadas normas de convivencia, pero con muy pocos puntos de interés común. Es el individualismo del que hablaría Riesman.

f) La pobreza adquiere extraordinaria importancia en la ciudad (10). No se trata de una pobreza-indigencia, sino de una pobreza relativa. Entre los hombres que conviven en el mismo espacio ecológico hay enormes diferencias, pero hay un grupo muy voluminoso (11) que no llega a poseer la cultura, la vivienda, el estado de salud, el puesto de trabajo que se consideran normales, a los cuales todos aspiran como tope mínimo.

g) Quizá haya que decir, finalmente, que la ciudad no ha encontrado aún, de forma definitiva, su sistema de organización social. Es necesario llegar a «la ciudad como obra propia de la nueva civilización, no como producto de la misma» (12).

LO RELIGIOSO EN LA CIUDAD

Es un hecho evidente que en las ciudades se ha producido una fuerte desacralización. Es evidente también la baja de la práctica religiosa, refiriéndonos al cristianismo, en las ciudades de la vieja Europa de tradiciones fuertemente rurales. Hay multitud de encuestas de práctica religiosa que permiten medir, de alguna manera, el pulso de lo religioso. En algunas grandes ciudades, sobre todo en las áreas periféricas de las mismas, donde se asienta la pobreza y el proletariado, las cifras son alarmantes. ¿Qué ocurre? ¿Lleva consigo el desarrollo urbano la destrucción de lo religioso? No, pero veámoslos esquemáticamente.

1. La religión ante la urbanización.

a) Las iglesias han adoptado una posición de reserva ante el fenómeno urbano.

Houtart y Dingemans escriben: «Habiendo perdido la iniciativa, cesando progresivamente de ser el grupo motor de los cam-

(10) La pobreza es tema que preocupa enormemente en las sociedades más acomodadas. Puede verse a este respecto Maurice Paradi: «La pauvreté dans les pays riches», *Projet*, mayo de 1966, págs. 557 y sigs.; Henry Perroy: «Pauvreté aux Etats Unis», *Revue de l'Action Populaire*, noviembre de 1964, págs. 1033 y siguientes; Cáritas Diocesana de Madrid y Fundación Foessa: *Informe sociológico sobre la situación social de Madrid*, Euramérica, diciembre de 1967, páginas 317-323; Jacinto Rodríguez Osuna: «Visión sociológica de Madrid», *Hogar y Arquitectura*, marzo-abril de 1968, págs. 99 y sigs.

(11) Según el *Informe sociológico sobre la situación social de Madrid*, op. cit., esta pobreza afecta al 30 por 100 de las familias madrileñas.

(12) Henri Lefebvre: *Le droit à la ville*, tomo 1. Ediciones Anthropos, París, 1968.

bios de la civilización (porque estaba demasiado ligada y prisionera de una determinada estructura), la Iglesia ha desconfiado, cada vez más, de un mundo que se construía progresivamente al margen de ella y contra ella y se ha inclinado más a la preservación de creyentes que a la conversión de los increyentes» (13).

- b) Se han adoptado explicaciones simplistas que atribuyen fácilmente los cambios a causas individuales o morales.

Es muy fácil decir que toda transformación de los comportamientos tradicionales se debe a una baja en la moralidad individual, pero no es exacto: «El descenso de la natalidad se atribuirá a la disminución de la generosidad; el deseo que tienen las mujeres de trabajar fuera de casa será debido a la desaparición de los valores familiares; las dificultades de contactos entre grupos étnicos y las clases sociales serán interpretadas como signo de egoísmo y ausencia de apertura de espíritu; los practicantes que asisten a misa fuera de su parroquia indican el descenso del sentido comunitario» (14). Son explicaciones demasiado sencillas, pero no reales.

- c) Por otra parte, la llegada masiva de inmigrados a la ciudad no ha llevado consigo un aumento de los efectivos de equipo y sacerdotales —se puede aplicar a cualquier religión—. Hablando de la iglesia católica y de Madrid (15), en 1960, la media de habitantes por parroquia, en la ciudad, era de 27.500 y de 1.410 en la zona rural de la Archidiócesis. En la capital había un sacerdote del clero parroquial por cada 5.300 fieles y en la zona rural, uno por cada 1.450. Lo mismo se puede decir de Francia (16) y de otros países europeos.
- d) La religión ha estado ausente, desconectada del mundo que se ha ido creando a su alrededor. Han sido dos lenguajes distintos: el de la religión y el de la cultura urbana, que no se han encontrado plenamente todavía (17).

2. El enfoque del problema.

Hablando, en esta última parte, sólo del catolicismo, hay que decir:

- a) Los fenómenos de cristianización y de descristianización están ligados a factores socio-culturales. Es imposible evangelizar al hombre al margen de su vida, de sus instituciones, de sus valores.
- b) Los valores socio-culturales evolucionan continuamente. De aquí que sea totalmente necesaria una continua reflexión y una continua adaptación.
- c) No creemos que la Iglesia pueda estar ausente de las instituciones sociales. Es prácticamente imposible cristianizar a los hombres y alimentar después su fe religiosa si las instituciones en las cuales

(13) I. Dingemans. F. Houtart: *Pastorale d'une région industrielle*, Editions du Cep. Bruselas, 1964, pág. 26.

(14) *Ibidem*, págs. 52 y sigs.

(15) Jacinto Rodríguez Osuna: *Las parroquias de Madrid*, policopiado (inédito).

(16) Sobre este tema, referido a Francia, hay varias publicaciones del canónigo Boulard.

(17) Ver Mons. Himmer en el prefacio de *Pastorale d'une région industrielle*, op. cit.

se insertan son paganas. Laicización no significa ausencia de la Iglesia de las instituciones públicas.

- d) Muchos conceptos de la religión en una sociedad rural hay que revisarlos. En una sociedad urbana ha cambiado el significado de la parroquia: antes era prácticamente el único cauce de inserción de los cristianos en la Iglesia; en las zonas urbanas, un alto porcentaje de cristianos no van a su parroquia, ni pueden ir, ni se les puede exigir; la movilidad y la carencia real de comunidades se imponen. No se pueden forzar unas auténticas comunidades —en el sentido sociológico de la palabra— si éstas no existen en la realidad. Ha cambiado el rol del sacerdote; ha cambiado el contenido de los signos. Determinados gestos, ritos, expresiones, no dicen nada a los hombres de la actual civilización.
- e) Un gran problema es la inserción y comprensión de esta sociedad por parte del clero. Su origen rural en muchos casos y la preparación del seminario a veces, al margen de los valores y comportamientos sociales, dificultan su posterior actividad en una sociedad urbana. Hay que hacer una revisión total de muchos esquemas.
- f) Ante esta sociedad distinta, nueva, que no ha encontrado aún su propio encaje, no valen posiciones de obscurantismo, simplistas o de miedo.

Quizá lo mejor fuera sentarse a reflexionar despacio sobre el mundo que nos rodea, para lanzarse más tarde a una acción seguros de nosotros mismos. Las reiteradas experiencias que se hacen, a veces muy alegremente, no son siempre el camino certero. Las experiencias pueden ser muy útiles si van respaldadas por un estudio continuado.